

**OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA ARZOBISPO DE TOLEDO
CELEBRACION DE LA PASIÓN DEL SEÑOR. VIERNES SANTO.30/03/2018**

El Señor nos concede un año más vivir el primer día del Triduo Pascual de la Muerte de Cristo, que culmina con la gran Vigilia y el Domingo de Resurrección. El mismo Dios, amados hermanos, que al principio instituyó para nosotros esta fiesta, nos ha concedido, en efecto, poderla celebrar cada año; y el que entregó a su Hijo a la muerte por nuestra salvación nos otorga, por el mismo motivo, la celebración de este sagrado misterio. Esta fiesta nos sostiene en medio de las miserias de este mundo; y ahora es cuando Dios nos comunica la alegría de la salvación, que irradia esta fiesta.

Ciertamente la Pasión y muerte de Jesucristo se puede vivir “estéticamente”, como un momento de serenidad de una fe llena de consuelo, y, por el misterioso acontecimiento del Viernes Santo, vivir esta pasión y muerte del Redentor con una certeza de esperanza que ni siguiera en la noche de muerte de Jesús se apaga. Pero se puede también vivir la Pasión y muerte de Cristo con el telón de fondo que constituyen los siglos XX y XXI. Ese trasfondo está constituido por el rostro del hombre y la mujer infamados, escupidos, rotos por el hombre mismo. Desde las cámaras de gas de Auschwitz; desde las aldeas arrasadas con niños torturados en Vietnam; en la muerte injusta de poblaciones arrasadas por bombas en el terror yihadista en Alepo o la llanura de Nínive o en tantos atentados en ciudades europeas y asiáticas; desde los atentados terroristas en Europa, Asia o África. Pero también desde los suburbios llenos de miseria de la India, África o Hispanoamérica; desde el dolor de los refugiados ahogados por llegar a “La libertad” de Europa, que vienen desde el Medio Oriente o desde los países subsaharianos”.

Desde todas partes nos mira “ese rostro lleno de sangre y heridas, cubierto de dolor y de burlas” (Solzhenitsin). El momento más terrible de la Pasión de Jesús, es ciertamente cuando exclama, en el más extremo sufrimiento de la cruz: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. Sí, es una frase de un salmo, en el que Israel, doliente, torturado, despreciado a causa de su fe, le grita a Dios *a la cara su desgracia*. Y este grito de oración de un pueblo alcanza todo su significado en la boca de Aquel que es la misma cercanía salvífica de Dios entre los hombres: Jesús.

Si Él se sabe abandonado de Dios, ¿dónde podremos encontrar a Dios? ¿No es esto el eclipse del sol histórico, en el que se apaga la luz del mundo? Desde las tragedias humanas, desde las guerras y las muertes de hombres y mujeres sin esperanza, se oye decir: “¿Dónde estás Dios, Tú que creaste un mundo en el que continuamente puedes observar cómo tus inocentes criaturas sufren terriblemente, que son conducidas como corderos al matadero y no pueden abrir la boca?”. Es la vieja pregunta de Job, que se agudiza más que nunca.

¿Qué diremos a esto? Se trata de una pregunta que no se puede responder con palabras y con argumentos. La única solución es resistir la pregunta y sufrirla con Aquel y en Aquel que ha sufrido por todos nosotros. Cuando Jesús dice: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, lo primero que hay que hacer notar es que Jesús no constata la ausencia de Dios, sino que la transforma en oración. Por eso, si queremos integrar en el Viernes Santo de Jesús en este Viernes,

cambiándolo en una oración dirigida al Dios que, a pesar de todo, sigue estando cerca, ¿se puede hacer esto de verdad? Sin duda. Jesús participó realmente de la angustia de los condenados, mientras que nosotros –la mayor parte de nosotros– no participamos de los horrores de este nuestro tiempo más que como meros espectadores.

Es curioso, pero la idea de que Dios no puede existir, por estas cosas que ocurren, se produce en aquellos que no son más que espectadores de los horrores que se dan; pero, acomodados en el sillón, contemplan lo horrible del mundo y así creen haber cumplido con su obligación. Por el contrario, la reacción de aquellos que verdaderamente sufren es frecuentemente lo contrario: precisamente en su sufrimiento descubren a Dios. En este mundo la adoración y el reconocimiento de Dios siguen saliendo de los que son perseguidos, pasan hambre o sufren la injusticia de la guerra, el hambre, la persecución y tienen que abandonar sus casas y su tierra expulsados o empujados a nuestros paraísos.

Y no es ninguna casualidad que el hombre más atormentado, torturado, el que más sufrió –Jesús de Nazaret– haya sido y sea la revelación misma. No es ninguna casualidad que la fe en Dios provenga de un rostro lleno de sangre y heridas, de un crucificado, y que el ateísmo tenga su padre en Epicuro, en el mundo de los espectadores saciados. Es cierto que ni necesitamos ni debemos buscarnos el sufrimiento y la angustia nosotros mismos. Pero debemos tener siempre presente que, junto a la presencia real de Jesús en la Iglesia gracias a los Sacramentos, hay otra presencia real de Jesucristo en los más pequeños, en los que sufren en este mundo, en los que Él quiere que nosotros sepamos encontrarle. Lo que cada año exige de nosotros la celebración del Viernes Santo es que renovemos en nosotros esta actitud.

Toda la pobreza humana, todo desamparo humano, todo el pecado humano, se hacen visibles en la figura del Jesús crucificado, que está en el centro de la liturgia del Viernes Santo. El Crucificado está representado en la Cruz como uno de los que son víctimas de las terribles epidemias que aquejan a la naturaleza humana. En él, como dice el profeta, nuestras heridas encontraron su cumplimiento. Los que llevan la cruz y el dolor experimentan la presencia del Crucificado en su dolor y desventura. Y encuentran la salvación.

Actualmente esta concepción de la salvación choca en muchos hombres con una profunda desconfianza y rechazo más o menos consciente de Dios. Consideran este consuelo celestial para el valle de lágrimas terrenal mera palabrería, que no soluciona nada, sino que mantiene la miseria en el mundo, con lo que tan sólo ayuda a aquellos que están interesados en mantener la actual situación. En lugar de consuelo exigen, en cambio, que quite el dolor, y quitándolo lo redima: no se trata de salvar por medio del dolor, sino de salvar del dolor; la tarea no consiste en esperar la ayuda de Dios, sino en humanizar al hombre a través del hombre mismo.

Os digo, hermanos, que la salvación del mundo no viene del cambio que nosotros produzcamos, con una política que queremos divinizar. Hay que trabajar continuamente en ese cambio del mundo, humana, realista, pacientemente. Pero el ser humano pide y pregunta por algo que sobrepasa en mucho todo cuanto puedan ofrecerle la política y la economía. Y la respuesta está en Jesucristo, en el cual nuestro dolor descansa en el corazón de Dios, en el amor eterno. El hombre tiene



necesidad y sed de ese amor, que es el que sana nuestro corazón cerrado al amor a Dios y a los demás por el pecado. Lo diremos en seguida: “Mirad el árbol de la cruz donde estuvo pendiente la salvación del mundo”.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España